

FM/1327

Patronato Central para la
Protección de Animales y Plantas

Ministerio de la Gobernación

Trabajos
premiados en los
Concursos de 1930

ARTISTAS,
PERIODISTAS Y MAESTROS



MADRID - 1931

Patronato Central para la
Protección de Animales y Plantas

Ministerio de la Gobernación

Trabajos
premiados en los
Concursos de 1930

ARTISTAS,
PERIODISTAS Y MAESTROS



MADRID - 1931

PATRONATO DE HONOR

Para la Protección de Animales y Plantas

MIEMBRO UNICO

Excmo. Sr. D. Niceto Alcalá - Zamora y
Torres.

Presidente de la República.

PATRONATO CENTRAL

PRESIDENTE:

Excmo. Sr. D. Santiago Casares Quiroga.
Ministro de la Gobernación.

PATRONATOS PROVINCIALES

PRESIDENTES:

Los Excmos. Señores Gobernadores civiles de
todas las provincias de España.

PATRONATOS LOCALES

PRESIDENTES:

Los Alcaldes de todas las poblaciones españolas.

NOTAS PRELIMINARES

Coincidiendo con la proclamación de la primer República española, se organizaron las primeras Sociedades Protectoras de Animales y Plantas, que en todos los países están dirigidas por sus más grandes idealistas.

Como estas Sociedades son apolíticas, todos los Gobiernos españoles se mostraron propicios a legislar en favor de la protección a los seres indefensos; pero, debido a la decadencia que sufrieron las Sociedades protectoras a raíz de la pérdida de las colonias, la magnífica legislación protectora de los pájaros y del arbolado puede decirse que quedó en desuso.

En 1925 hubo un cambio notable en la orientación de las Sociedades protectoras españolas, que se federaron en una fuerte agrupación y con un plan de campaña bien estudiado. La Federación Ibérica propuso al Gobierno la creación de los Patronatos oficiales para la protección de animales y plantas, instituciones que no se habían intentado siquiera organizar en ningún otro país, cabiéndole la honra al nuestro de haber sido el primero que ha organizado este sistema de protección. Esta modernísima estructuración ha merecido la admiración y el aplauso entusiasta de los grandes protectores y de las más prestigiosas revistas y diarios del Mundo, que siguen con curiosidad su desarrollo.

Los Patronatos constituidos son, además del Central, presidido por el Ministro de la Gobernación, los Provinciales, bajo la presidencia de los Gobernadores civiles, y los Locales, que presiden los Alcaldes. Funcionaban antes del cambio de régimen unos cuatro mil, y ahora se están reorganizando los ya creados, y poco a poco se irá intensificando esta labor de civilidad, procurando dar una representación mayor al elemento femenino, que es el que, por su exquisita sensibilidad, puede hacer una obra que sea más eficaz.

Con objeto de que tales Patronatos dispusieran de una pauta para desenvolver sus iniciativas y pudiesen ir convirtiendo en realidad sus humanitarios ideales de bondad y educación cívica del pueblo español, se publicaron durante 1930 tres folletos recopilando la legislación protectora nacional y las circulares y bandos gubernativos y municipales, además de recomendar la selección en todos los pueblos de España de los árboles simbólicos, que han de servir de base para organizar los parques de la República, en los que aprenda el pueblo el valor que tiene el arbolado para cultivar la higiene, la belleza artística y la riqueza de la Patria.

También se organizaron, con el mismo fin, tres concursos: uno, entre los periodistas que publicasen los mejores artículos en la Prensa español-

la, estimulando la protección a los animales y las plantas; otro, entre los maestros que presentaran los mejores trabajos didácticos estableciendo un método para interesar a los niños en la protección de los seres indefensos; y otro, entre artistas que presentasen el mejor modelo para troquelar una medalla destinada a premiar a las personas que más se hayan distinguido en la realización de los ideales humanitarios que persiguen los Patronatos oficiales para la protección de los animales y las plantas.

* * *

Continuando esta labor educativa de los buenos sentimientos del pueblo, en la Gaceta del 24 de julio de 1931 se publicaron dos órdenes del Ministro de la Gobernación, organizando un Concurso entre periodistas y otro entre los individuos de la Guardia Civil y los Agentes de Vigilancia y Guardias de Seguridad que se hubieran distinguido en el cumplimiento de las disposiciones vigentes sobre la protección de los animales y plantas, y como el principal objetivo de este Patronato es cultural, en la segunda base de este Concurso se dice: "Como la misión del Patronato Central, que organiza estos concursos, es preferentemente educadora, no es condición indispensable, para conseguir los premios, el hecho de haber formulado mayor número de denuncias comprobadas, sino también la labor de persuasión, a quienes maltraten a los animales, de que éstos producen mayor utilidad si se les atiende bien en sus necesidades, si no se les hace trabajar con exceso ni se los castiga con crueldad."

Y, por último, por Decreto de 17 de noviembre de 1931, se nombra Presidente de Honor de el Patronato Central para la Protección de los Animales y Plantas al Excmo. Sr. Presidente de la República, se autoriza al Excmo. Sr. Ministro de la Gobernación a reorganizar dicho Patronato y se da validez al Reglamento de los Patronatos oficiales, publicado en la Gaceta del 12 de abril de 1928.

* * *

A continuación se publican los trabajos premiados en los concursos de 1930, y se reproducen el modelo de Medalla premiado y los dos modelos recomendados.

Concurso entre artistas

Convocado por Real orden de 23 de julio (*Gaceta* del 28), para premiar un proyecto de Medalla destinada a premiar a las personas que fomenten en el espíritu público el sentimiento de defensa y protección de los animales y plantas, el Jurado de este Concurso seleccionó, de los modelos presentados como dignos de recompensa, los señalados con los lemas "J. R. M.", "Anserina" y "Vida", acordándose, por unanimidad, conceder el premio único de 1.000 pesetas al anverso y reverso del señalado con el lema "J. R. M.", de que es autor don Mariano Rubio, escultor, de Madrid.

De "Anserina", resultó ser autor D. Enrique Giner, de Valencia, y de "Vida", D. Florentino Trapero, de Madrid.

Modelos premiados



Modelos presentados por D. Enrique Giner



Modelos presentados por D. Florentino Trapero



Concurso entre periodistas

Convocado por Real orden de 20 de agosto de 1930 (*Gaceta* del 21) para premiar a los periodistas españoles que publicaran los mejores artículos en la Prensa, estimulando los ideales de protección a los animales y las plantas, el Jurado calificador, después de examinar los trabajos presentados, emitió el fallo siguiente:

Primer premio (500 pesetas) : Doña María Luz Morales, por un artículo aparecido en *El Sol*, de Madrid, el 26 de octubre, con el título "Los hermanos menores".

Segundo premio (300 pesetas) : Señorita Hildegart Rodríguez, por un trabajo publicado en *El Socialista*, de Madrid, del 5 de octubre, con el epígrafe "Derechos de los animales".

Tercer premio (200 pesetas) : D. Manuel Menéndez Menéndez, por la narración publicada en *La Voz de la Provincia*, de Tarragona, en 18 de septiembre, que lleva por título "Quisquilín".

* * *

Fueron propuestos para un diploma de mérito:

"La mirada del hombre y la mirada del buey", de D. Manuel Sánchez Enciso, publicado en *La Lectura Dominical*, de Madrid, del 30 de agosto.

"Los amigos del hombre.—Un rato a perros", de D. Enrique Gastardi, aparecido en *La Libertad*, de Madrid, el 29 de octubre.

"Consejos a mi hijo.—En elogio de los animales y las plantas", de D. Antonio Escudero Alvarez, publicado en *La Unica*, de Madrid, el 30 de octubre.

"La musa en vacaciones.—Palomo, el perro del guarda", de

D. Miguel de Castro, publicado en *Las Provincias*, de Valencia, el 11 de septiembre.

"Del trabajo en Madrid.—Los matarifes prefieren el sacrificio de las reses bravas", de D. Virgilio de la Pascua, publicado en *La Voz*, de Madrid, el 15 de septiembre.

Charlas

LOS HERMANOS MENORES

(Por María Luz Morales, primer premio)

A vosotras, mujeres, infundidoras de suavidad y de ternura, parece especialmente encomendada esta cruzada en pro de los "hermanos menores": la bestia, la planta, la flor. Y, después que la hayáis hecho vuestra, dejadla ir, que el mundo la hará suya, pues que sois vosotras, Martas o Marías, las que amasáis, acaso sin saberlo, la educación y las costumbres... Y es en la costumbre buena, en el buen hábito, donde hay que infiltrar el cariño y el respeto al "hermano menor".

Vosotras, además, estáis más cerca de ellos..., y no hay en esta afirmación desdén, sino muy alto elogio. Os los acerca, como a todo otro ser, un más certero instinto, una más fina sensibilidad. Y ese misterioso mensaje milenario que desde el principio va de la mujer a la tierra, de la tierra a la mujer. Mensaje en que la Naturaleza, plena y sabia, os revela toda gloria y todo desgarramiento de fecundidad. En que el secreto del nido y el de la savia en la rama que lo guarda y lo mece es uno con vuestro íntimo secreto. En que todo lo creado viene a ser un poco vuestro; vosotras, un poco madres de toda criatura: el niño, el animalejo, la planta, la hierba, la flor... Por eso, de vuestros labios ha de surgir el grito que luego se transmita y levante de entre la multitud: ¡Piedad para la bestia! ¡Respeto para el árbol! ¡Ternura y amparo hacia todo "hermano menor"!

* * *

Un viejo precepto utilitario, repleto de empirismo y rebosante de buen sentido práctico, decía: "Piensa bien, que...

...un naranjo suele producir, por término medio, veinte mil naranjas. Debes, por ello, respetar este árbol.

... un topo se come veinte mil gusanos en un año. No persigas a los topos.

...un solo limonero da ocho mil limones. Acaricia al limonero como a un hijo..."

¡Bah!... Glosando así beneficios, dádivas y justos agradecimientos, podríamos seguir, seguir indefinidamente, en monótona e inacabable letanía. Recordaríamos a la palmera como única palabra de Dios en el silencio desolado del desierto... A la morera en China y al bambú en el Japón como dispensadores de las más preciadas riquezas orientales. A los pinos, arpas estremecidas de nuestras cumbres y de nuestras playas, como purificadores de nuestro ambiente, salud de nuestros pulmones, disminuídos por el enrarecimiento del aire ciudadano... Veríamos en el árbol—según el bello elogio de José Juan Tablada—a aquel que "atempera los climas, regula el lento vuelo de las nubes sobre nuestras frentes y el apresurado curso de los ríos a nuestros pies, y divide, con sus raigambres, el curso de los arroyos, dispersando en múltiples y suaves corrientes el caudal amenazante de los ríos, consolidando bordes, construyendo diques subterráneos, librando a los poblados de las arrasantes inundaciones... Al que atrae a las nubes y las disemina y las deshace en lluvias benéficas, evitando así la furia concentrada de las trombas..." Y en el animal, en la bestezuela, veríamos al compañero y colaborador del hombre, amigo fiel en la pena como en la dicha, instrumento dócil de trabajo, complemento eficaz de labor, generoso a toda hora de sí mismo, sin protesta ni rebeldía... Retrocediendo en el tiempo hasta dar con las fuentes originarias de la historia, veríamos al hombre en las edades primitivas cifrando su vida material por la caza, en los animales; comenzando luego también en ellos su civilización al reducirlos a domesticidad... Y haciendo desfilar ante nuestros ojos el prolongado cortejo del bestiario, como en la estrofa final y apoteósica de cualquier docta fábula de Lafontaine, no nos dejaríamos sólo arrebatados por la gratitud y la ternura ante nuestros seculares amigos la vaca, el caballo o el perro (*¡Oh!, vulgar compañero del hombre, ser divino—que el hambre de tu dueño gustoso compartías—que acompañar supiste el pesado camino—del ángel Rafael y del joven Tobías...*), sino que advertiríamos la utilidad de todo ser animado por un soplo de vida, desde la tortuga fea y torpe al pavo real orondo, que en su aparente futilidad pone una rica nota de belleza y color sobre la pompa del jardín...

Pero acaso todo esto, con ser tanto, sea espiritualmente bien poca cosa como razón y motivo de la buena y fecunda cruzada necesaria de protección y defensa de los hermanos menores. Que al fin toda idea utilitaria, todo impulso interesado, pierde, por serlo, una buena parte de su valor.

* * *

Son otros, aún más altos y más puros, los deberes que para con los animales y las plantas tenemos contraídos. ¿No habéis imaginado nunca la gravísima responsabilidad de ser un dios? Pues he aquí que para el árbol y el animal es un dios cada hombre. En nuestra mano reside su destino. De su vida y de su muerte es árbitro nuestra voluntad o nuestro capricho. Podemos quitárselo todo, como dioses implacables; dárselo todo, como dioses magnánimos. Podemos ganarnos su odio, su admiración, su respeto, su cariño, su ternura... Hacerlos buenos o malos, prósperos o míseros. "Como a su Dios un santo...", dice Francis Jammes, el poeta de las "Geórgicas cristianas", que lo amaba su perro. Y pide a Dios que, como premio supremo al fiel can, le permita por toda una eternidad contemplar el rostro de su amo... Que tanto somos nosotros para ellos. Tanto..., y lo menos que pudiéramos hacer es merecerlo. Dejar a un lado hachas y látigos; no ser avaros de ternura, bondad y comprensión... ¡Ser como dioses!... Pero saber que un Dios hizo del mismo barro nuestra fuerza de pequeños dioses y la debilidad del hermano menor...

¡Hermano!... He aquí la verdadera actitud, la actitud franciscana. La única que puede llevarnos a ser desinteresadamente buenos, suaves, comprensivos, con la planta y el animal. A arrojar lejos de una vez el látigo y el hacha. A acariciar al limonero..., no sólo con gratitud, sino con amor. A transmitir a nuestros hijos—¡mujeres!—y a los hijos de nuestros hijos el mensaje bueno de la protección y la defensa al hermano perro, a la hermana abeja, al hermano árbol, a la hermana flor. A atar en todo el ancho mundo el triple grito unánime: "¡Piedad para la bestia! ¡Respeto para el árbol! ¡Ternura y amparo hacia todo hermano menor!"

DERECHOS DE LOS ANIMALES

(Por Hildegart Rodríguez, segundo premio)

Puesto que los seres racionales tienen derecho a la justicia, ¿cómo es posible dejar de reconocer que debemos ser justos también con aquellos otros que nos son inferiores?

PORFIRIO.

En los más de los casos, el verdadero sentido de la protección de los animales se ha mixtificado, ora haciéndole incurrir en inútil sensiblería, ora juzgándolo como incompatible con otras realidades con las que habremos de tropezar en nuestra existencia. Sin embargo, en la escala cromática de los sentimientos, el de protección a los animales tiene un decidido contenido de justicia que le hace perfectamente compatible con los más rectos e intransigentes espíritus.

Ahora bien; con bastante frecuencia hemos escuchado, como supremo argumento, la frase: "Mientras haya obreros sin pan, no debemos ocuparnos de los animales."

Hoy, sin embargo, juzgo que los obreros mismos, los pertenecientes a esa clase social del proletariado, son los más idóneos para, al comprender estos problemas, ir paulatinamente convirtiéndose en los más ardientes defensores de los derechos adquiridos por los animales en una vida tan larga como la suya de padecimientos e injusticias.

Si hasta que se hubiese terminado la esclavitud no se hubiera iniciado un movimiento de reivindicación de los derechos obreros, éstos estarían hoy dando sus primeros pasos en busca de sus legítimas garantías. Si esperamos a que la revolución social haga desaparecer pobreza y injusticias, la obra de verdadera redención de los animales no se cumplirá nunca. Es preciso que el obrero vea en la mula, en el burro, en el caballo, que le ayuda al trabajo, un explotado como él; que comprenda que uno y otro dejan transcurrir su vida en un trabajo constante, hasta que, habiéndolo rendido todo, son apartados de la sociedad, que vuelve, injusta, con su insensibilidad de acero, a exprimir carne joven, única que le puede prestar su actividad y su fuerza. Los dos son víctimas de la misma injusticia; los dos son pa-

rias de la misma sociedad. Hoy, en que se habla ya sin indignación de los derechos del pueblo trabajador, hay que iniciar una campaña en pro de los derechos de esos otros trabajadores que, con su fuerza bruta, son fuente de ingresos para el capital y ayuda inapreciable para el obrero productor.

El obrero no tiene hoy la insensibilidad ni la inconsciencia de otros tiempos. Se apasiona, comprende, es capaz. No es justo, por tanto, que el nombre de "carretero" se aplique aún hoy como sinónimo de brutalidad e insensibilidad. A los carreteros, a los obreros en general, que tengan a su cargo a esos pobres animales de carga, van estas palabras que les hagan comprender que, partiendo de un principio de igualdad universal, los hombres, al luchar hoy por esa equiparación mutua de valores, no podemos dejar olvidados en nuestro egoísmo estos otros parias, afrentosamente tratados, y sin los cuales la labor del hombre hubiera sido más ruda y su redención más difícil. Cada vez la racionalización de las industrias y del trabajo va haciendo más capaz al obrero, antes mecánico y puramente manual. Este, que puede hoy apreciar un poco del esfuerzo que se evita con la ayuda de la máquina, debe pensar en el que le han evitado la sangre y las vidas de tantos miles de animales, para los que no ha habido nunca redención ni promesa de liberación. Y en su ascenso hacia una etapa humana mejor y más culta, no debe dejar sumidos en el abandono estos otros seres que, condenados cual él a ser esclavos de una injusticia colectiva, han sido puestos a su servicio por la propia Naturaleza, para que ahora, también el hombre, pague con esta pequeña limosna de justicia una deuda de gratitud contraída en tantos siglos de trabajo común.

Un día surgió una revolución al grito de los Derechos del Hombre. Pocos años ha surgió otra con la bandera de los Derechos del Proletario. Y a éste, exclusivamente a éste, le toca hoy luchar por sus compañeros olvidados e incomprensidos, al grito de los Derechos de los Animales, esos derechos a una jornada de labor, a una cantidad de trabajo proporcional a sus fuerzas y a su edad, a un descanso semanal, a un trato de trabajo, en suma, pero, al propio tiempo, respetuoso y justo.

No es sensiblería, proletarios; es justicia. Mucho más de veinte siglos de trabajo común os exigen por lo menos este esfuerzo.

¡Carreteros, obreros en general: no desoigáis estas frases, que son un simple anhelo de quien, ansiando tanto la justicia para todos, no vacila en exigirla también para los más injustamente olvidados!

QUISQUILIN

(Por Manuel Menéndez y Menéndez, tercer premio)

Acababa de abandonar el lecho y, mientras me preparaban el desayuno me asomé al balcón del tercer piso que habito en anchurosa vía, ya que, a pesar de que en aquel instante daban las ocho en un reloj público cercano, la mañana se presentaba bochornosa.

De pronto sentí unos ladridos desaforados que partían de la acera de enfrente y advertí que un pequeño perrito faldero, de blanco pelo salpicado de manchas negras, había caído en poder de los laceros. Al sentirse sujeto el diminuto can forzaba sus pulmones como protestando del hecho; de nada sirvióle ello; los empleados municipales le desataron el lazo y, brutalmente, lo tiraron al interior del carro-jaula que les precedía, prosiguiendo su marcha.

El faldero se revolvía en la jaula y ladraba, ora con furia, ora lastimeramente, volviendo la vista hacia el punto en donde había sido aprisionado, tal vez intentando avisar a sus dueños del percalce que le acababa de ocurrir.

Desayunéme y me dirigí a la oficina del Estado a que pertenezco; pero durante toda la mañana se me representó, a cada momento, la escena del perrito aprisionado y del fin que le esperaba.

A la hora de la comida, mi esposa y mis dos hijas notaron que me hallaba preocupado y hubieron de preguntarme:

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada—contestéles.

Y en el acto adopté una resolución.

A las cuatro de la tarde me dirigí al Ayuntamiento, y, al observar mi presencia allí un cortés portero, algo extrañado, preguntóme qué pretendía.

—Sencillamente—repuse—, que esta mañana los laceros municipales han aprisionado un perrito enfrente de la casa que habito y venía decidido a recobrarlo.

—Pues—arguyó el portero—tendrá usted que venir a las seis, porque hasta esa hora no hay despacho en las oficinas.

—Bueno, muchas gracias; volveré a esa hora—díjele al modesto funcionario, y despedíme de él.

Aquellas horas de espera parecieronme un siglo, y las empleé paseando, abstraído y nervioso, por la ciudad.

Al fin sonaron las seis ansiadas campanadas y volví al Ayuntamiento.

El mismo portero de antes y que, por tanto, conocía ya mi pretensión, me introdujo en el despacho de un funcionario, atento y fino, a quien manifesté mis deseos. Momentáneamente me asaltó un temor: si me exigiría acreditar la propiedad del perrito, lo cual malograría mi proyecto, pues yo, que no conozco la mentira, hubiera confesado que no me pertenecía. Afortunadamente, no fué así y limitóse a decirme, quizás porque era lo único que importaba a sus funciones:

—Voy a extenderle un recibo de diez pesetas, en concepto de multa, cantidad que ingresará usted en la Contaduría; después, pase al Registro de perros, en donde inscribirán al can, y le entregarán una chapa que lo acredite mediante el abono de cinco pesetas, y con todo ello vuelva a verme y se le entregará el perro.

Rápidamente realicé cuanto acababan de decirme, y a la hora justa se hallaba en mi poder el perrito. Como no había previsto el caso, no llevaba cadena, ni siquiera un pedazo de cordel; así es que cogí al animalito en brazos y salí loco de contento de las Casas Consistoriales.

El perrito me miraba cariñosamente y me lamía las manos, a pesar de que jamás me había visto. Dirigíme apresuradamente a la vía de mi vecindad y pregunté en el punto en donde por la mañana había sido aprisionado el can si sabían quién era su dueño. Después de muchas indagaciones y de aguantar algunas cuchufletas, un vecino díjome:

—Sí señor; yo conozco al perrito y a sus dueños: viven en el primer piso del número 80, y el señor se llama D. Zutano.

Di las gracias y, jadeante, sudoroso, llamé a la puerta de la habitación mencionada. Abrióla una señora lujosamente vestida, tras la que asomaron sus cabecitas dos niños de ocho a diez años, entablándose el siguiente diálogo:

—¿Vive aquí don Zutano?

—Sí, señor; pase usted y diga lo que se le ofrece.

(En aquel momento el perrito se arrojó de mis brazos al suelo; empezó a dar ladridos y a echarse encima de la señora y de los niños.)

—¿Qué es esto?—exclamó la señora.

—¡“Quisquilín”! ¡“Quisquilín”!—gritaron alborozados los niños.

En pocas palabras conté a aquella señora lo ocurrido, e ingenuamente terminé así:

—Me ha costado el rescate de “Quisquilín” muchos pasos y quin-

ce pesetas; pero estoy contentísimo de haberlo conseguido; vaya, ahí tiene usted el perrito.

La señora púsose muy seria; musitó: ¡quince pesetas! Y ya en voz alta contestóme:

—Caballero; se comprende que es muy bueno, pero el perrito lo ha rescatado usted, le ha costado quince pesetas y, por tanto, entiendo que es su dueño; puede llevárselo...

—No; no—exclamaron a dúo los niños—. Nosotros queremos a “Quisquilín”.

—Niños—repuso severamente la madre, al propio tiempo que les dirigía una terrible mirada que los anonadó—. El perro pertenece a este caballero, puesto que su dinero le cuesta.

—Pero, señora—repliqué—; si yo no pretendo ni remotamente que se me abonen esas pesetas. Me basta con la satisfacción de haber libertado a “Quisquilín” del chenil y de la muerte inmediata que le esperaba.

—Nada, nada, caballero—insistió la señora—. No estoy para más disgustos; bastantes me ha dado ya el dichoso perro; quédese usted con él y dispénseme, después de agradecerle su atención, que no me entretenga más, pues estaba dispuesta para salir de visita cuando usted ha llegado.

Y añadió:

—Pasa, “Quisquilín”, pasa a la escalera; anda, vete con el señor.

Hizo una inclinación de cabeza y cerró la puerta, dejándonos a “Quisquilín” a mí atónitos.

“Quisquilín” volvió los ojos a mí; parecía que me decía: ¡Tenme compasión!

Volví a coger a “Quisquilín” en brazos y dirigirme a mi casa.

Al verme entrar con “Quisquilín”, mi esposa y mis hijas exclamaron:

—¡Qué perrito más bonito! ¿De dónde lo has sacado? Déjalo en el suelo; espera un poco; le daremos comida.

“Quisquilín” advirtió en seguida la excelente acogida que se le dispensaba y empezó a responder gozoso a las caricias que se le hacían.

Hube de repetir la historia de lo ocurrido, y al terminar, mi esposa dijo:

—Calla; pero si esa señora es doña Fulana; tan rica, y por el temor de abonar quince pesetas ha rechazado a este animalito.

Y mi hija mayor, niña de nueve años, añadió:

—¡Qué mala debe ser esa señora!

.....

Transcurrieron quince días. "Quisquilín", luciendo en el cuello un lacito de seda azul, que habían confeccionado mis hijas, salió con nosotros de casa.

En el paseo tropezamos con la señora rica y sus hijos.

"Quisquilín" los vió; me miró, al parecer, en sentido interrogativo, emprendiendo después veloz carrera hacia sus antiguos dueños, saltando delante de ellos y ladrando alegremente. La señora le dió con un pie en el cuerpo, arrancando un ligero aullido del can, volviendo hacia nosotros, que habíamosnos fijado atentamente en lo ocurrido. Al advertirlo así la señora me saludó con una leve inclinación de cabeza, y en sus labios dibujóse una sonrisa irónica, que parecía significar:

—¡Qué estúpido y qué tonto eres!

Yo formulé otra sonrisa, y mentalmente contestéle:

—Valen más, mucho más de quince pesetas el cariño, la nobleza y la lealtad de "Quisquilín".

.....

"Quisquilín" no se acercó más a sus primitivos dueños, y cuando los veía en el paseo, desde lejos y pegándose a mis pies, ladrábales desaforadamente.

Y la señora entonces ya no me sonreía irónicamente; bajaba la vista y se hacía la distraída.

¡Quién sabe si los ladridos de "Quisquilín" repercutían en su conciencia!

Concurso entre maestros y escritores

Convocado por la Real orden de 7 de octubre de 1930, para exaltar en los niños el amor y las ideas protectoras hacia los animales y las plantas, el Jurado calificador discernió los premios así:

Primer premio (500 pesetas): D. Pedro Fraga Porto, abogado, publicista y maestro superior, de Madrid, por el trabajo que lleva por lema "Hermano lobo, hermana oveja, hermano sol".

Segundo premio (300 pesetas): D. Francisco Ferrari Billoch, redactor de *Informaciones*, de Madrid, y maestro nacional, por el trabajo "El pastor y la florecilla".

Tercer premio (200 pesetas): D. José Jalón Carrasco, maestro nacional de Navalcarnero, por el trabajo titulado "Protección de animales y plantas".

HERMANO LOBO, HERMANA OVEJA, HERMANO SOL...

(Por Pedro Fraga de Porto, primer premio)

No lejos de París, en una pequeña isla que el Sena oprime entre sus brazos, visita el viajero curioso un extraño cementerio de pequeñas tumbas, en alguna de las cuales, hombres gloriosos han hecho escribir pensamientos magníficos, y en casi todas hay palabras llenas de ternura, mandadas grabar por personas desconocidas en recuerdo de animales que les fueron fieles y queridos. En medio de aquel recinto álzase un monumento dedicado a "Barry"; estamos en el cementerio de perros de la ciudad de Asnières.

Ya conocen los hombres y los niños el nombre de "Barry", famoso ejemplar de San Bernardo, bienhechor de la humanidad. "Barry" salvó la vida de cuarenta personas en las horribles tormentas de nieve que azotan las cimas de los Alpes. En esas enormes y solitarias alturas, el paso, siempre difícil, de los hombres se hace mortalmente peligroso cuando el huracán borra los caminos, y la noche priva de puntos de referencia, y la ventisca y el hielo hacen más resbaladizos e impracticables aquellos parajes. Cuando el viajero se cae o se extravía y se entrega a la suerte cegado y envuelto por el sudario de la nieve, aún hay, sin embargo, una última esperanza. Esta la proporciona ese animal nobilísimo que busca las huellas del hombre, persigue ansioso los vestigios del caminante, le limpia la nieve que lo envuelve, le reanima con las vituallas que conduce, le rescata a la muerte y avisa a los agustinos del hospicio de la montaña para que lo transporten a su refugio.

La intervención abnegada de ese animal es semejante a la del Terranova, que extrae del mar a los próximos a ahogarse, citándose el caso de un hermosísimo perro de esa raza que libró de perecer entre las olas a un mastín, enemigo suyo encarnizado y con el cual acababa de pelearse ferozmente.

Esas grandes virtudes de tan fieles amigos del hombre bien justifican que en el cementerio de Asnières, y en lo más alto del monte San Bernardo, se hayan elevado monumentos a "Barry", que nos recuerdan de cuánto cariño y utilidad, de cuánto sacrificio, de cuánta fidelidad y de qué valor son capaces esos simpáticos animales.

Y sin llegar a esos extremos de heroísmo, ¿no vemos todos los días con qué cariñosa solicitud trabajan para el hombre muchos de esos seres que domina y esclaviza?

Conocer cómo busca y encuentra y auxilia al herido el perro sanitario; cómo persigue, acosa, ahuyenta o sujeta al malhechor el perro policía; cómo transporta municiones o vigila el destacamento avanzado el perro de guerra, que se extraña y alarma cuando el enemigo está a distancias a que el hombre no podría percibir su presencia, es tan admirable como hermoso. Y ese perro que sirve de lazarillo al ciego, que se sienta en los umbrales de la casa donde socorren al amo, que parece festejar a las personas caritativas como si alabase la bondad de sus almas, que pasa rápido por las puertas en que la limosna se niega de continuo, que sortea los peligros, ¿no excita en vosotros los más acendrados sentimientos de eternecida simpatía?

La superior inteligencia del hombre ha vencido a casi todos los

animales, ha domado a las fieras más temibles, ha sabido preservarse de los peligros de las más feroces. Por grande y bien armada que sea la bestia, ha tenido la humanidad recursos para sôjuzgarla y destruirla. Ya no así en algunos pequeños y peligrosos insectos o en vegetales microscópicos que por su enorme reproducción dejan siempre gérmenes infinitos que se renuevan sin cesar. Pero el hombre debe trabajar y trabaja por extirparlos y habrá, sin duda, de conseguirlo algún día. Mas la destrucción de esos seres es necesaria y debe obedecer a la natural exigencia humana de defender su vida de lo que puede ponerla de algún modo en peligro, bien por la propagación de enfermedades, bien por el ataque a su propiedad. Y ese ha de ser el límite que no debemos franquear nunca en nuestra relación con los demás seres. La destrucción de los nocivos sólo como único medio de salvar nuestra vida o nuestra hacienda. Fuera de ello, toda vida debe sernos respetable, y si redunde en nuestro beneficio, sagrada y protegida.

Alienta en los animales y en las plantas un principio vital que tiene gran parecido con nuestra existencia misma. Misteriosa fuerza que hace nacer y engrandecerse y reproducirse y morir a un hombre y a un rosal, a un caballo y a un árbol. Como un ser humano necesita respirar y alimentarse, por igual manera las plantas toman del Sol, del aire, del agua y de la tierra los elementos de su vida. Y hay como en nosotros, en ellos, una alegría de nacimiento y floración y una tristeza de vejez y de muerte. No importa que no sientan dolores, pero tienen también un oculto destino que cumplir, un ansia de desarrollar su vida y terminarla, una necesidad de llegar a madurez. Por eso, cuando una mano criminal o ignorante o torpe rompe o destroza el tallo de una planta o el tronco de un árbol, nos parece ver en la savia que no puede llegar a dar su alimento al vegetal, en el desfallecimiento de sus ramas y en lo marchito de sus hojas la tristeza infinita de un ser cruelmente castigado, injustamente vencido, cobardemente muerto.

Cobardemente, porque es incapaz de defenderse contra el hombre, no obstante lograr a veces sortear las fuerzas ciegas de la naturaleza; tender y multiplicar innúmeras raíces en la nueva tierra a que la riada le condujo; doblar y erguir con doloroso lamento sus ramas, como hacen los pinos con sus balsámicas copas, al empuje del huracán que parece querer desarraigar el bosque entero. Injustamente vencido, porque no hay nada más confiado y bondadoso que un árbol o una planta que brota de la tierra para favorecerlos. Sólo pide vivir y florecer y fructificar. Y a cambio de dejar que el sol la

bañe y que los aires le den polen y aliento, y la tierra le proporcione savia y sostén, ella parece decir a los hombres que la respetan y que la aman: si amáis la luz, yo os la vuelvo descompuesta en sus siete colores divinos. Me apoderé de un rayo de sol, y os doy el rojo en el más vivo de los claveles de Granada; el anaranjado, en la piel ardiente de las naranjas de Valencia; el amarillo, en los dobles alelíes ebrios de aroma; el verde de las más vívidas lacas venecianas, en el envés de las hojas de los maizales; el azul claro, en las cándidas estrellas de miosotis; el azul oscuro, en las campanillas de algunas petunias trepadoras; el morado, en la seda suavísima y nazarena del lirio. Y si queréis matices de rojo, ahí tenéis la divina diversidad de las rosas. Y si queréis que os componga y funda las gamas espectrales en el blanco más puro, coged gardenias y azucenas, camelias y jazmines, crisantemos y nardos. Y si gozáis en ver cómo recojo la luz y niego los colores y cambio el día radiante en noche oscura, ved mis negros pensamientos, mis maduras aceitunas, mis uvas retintas castellanas.

Cruelmente castigado, porque hacer daño a las plantas y a las flores es torturar un ser inocente, es destruir lo que nos da vida, alimento, salud, belleza, alegría, aroma, sombra, color... Es devolver bien por mal a unos seres que transforman la fealdad y podredumbre de la descomposición y de la muerte en formas de armonía infinita, en cálices de pureza sin par, en corolas de fragancia admirable. Bajo la tierra madre, la hedionda carroña sepultada encuentra las raíces de un vegetal, laboratorio excelso y caritativo que convierte la lividez cadavérica en el sonrosado primaveral de capullos de rosa, y el olor fétido y nauseabundo del cadáver en la intensidad embriagadora del heliotropo o la gardenia. Y el sol calcinante de tardes estivales lo transmuta en sombrillas de rasos verdes y trémulos con que preserva al hombre del exceso de calor y de luz, y lo acaricia con la brisa perfumada del abanico de sus hojas. Y da fuerza en el pan, y luz y calor y óleo en la aceituna.

El hombre no podría existir sin el concurso de animales y plantas; pero aunque ello le fuera posible, también carecería de razón para destruir las vidas que sin perjudicar la suya alientan al mismo tiempo que él, y con él siguen esa ruta eterna que va del nacimiento a la muerte.

El título de rey de la creación que el hombre se ha asignado no debe fundarse en privilegios de dominio tiránico ni en imposiciones de fuerza, sino en motivos de amor, en direcciones de inteligencia o en razones de paz, de caridad o de justicia.

Somos injustos cuando privamos de libertad a ciertos seres tan sólo por motivos de caprichosa opresión o de recreo. Un alma sensible, sin dejar de ser por eso recta y fuerte, no puede menos de sentirse lastimada al ver cómo muere de tristeza en su jaula alguna de esas aves que, como el quetzal americano, aman la libertad más que la vida misma.

Un gran poeta ha escrito una de sus páginas más bellas dedicando un poema a cantar ese rasgo sublime que a veces realizan ejemplares heroicos de algunos pájaros, como ruiseñores y mirlos, que al ver sus hijos encarcelados les llevan a la jaula la rama de un vegetal venenoso y los matan antes que verlos privados de la gloria de surcar libremente el azul con sus alas nacidas para el vuelo.

Ver todas las cosas con simpática curiosidad es el camino para llegar a conocerlas y amarlas. Y la bondad suprema no limita su amor a los hombres, sino que lo difunde por la Creación entera como obra de Dios llena de su gloria, de su omnipotencia y de su sabiduría. Y así, el Santo de Asís llamaba hermano al sol—*Frate sole*—y hermanas a las aves, hermana a la lejana temblorosa estrella y hermano al lobo. Y las piadosas leyendas llenas del sencillo aroma de las flores de la Porciúncula nos cuentan cómo irradiaba tal caridad y amor el seráfico hermano, que las fieras se le rendían, domesticadas y sumisas. Y cómo el lobo, hecho bueno por el Santo, dejó de serlo al ponerse en contacto con los hombres. Recoge tan bello pensamiento el gran poeta Rubén:

“Me vieron humilde, lamía las manos
y los pies. Seguía tus sagradas leyes,
todas las criaturas eran mis hermanos:
los hermanos hombres, los hermanos bueyes,
hermanas estrellas y hermanos gusanos.
Y así me apalearon y me echaron fuera,
y su risa fué como un agua hirviendo,
y entre mis entrañas revivió la fiera,
y me sentí lobo malo de repente;
mas siempre mejor que esa mala gente.”

No, que no pueda llamarnos nunca el lobo con razón “mala gente”; que no pueda repetirse con verdad la frase famosa de que “el hombre es un lobo para el hombre”; que no sea cierta la frase de Pascal, grabada precisamente sobre la tumba de un cándido: “Cuanto más veo a los hombres más amo a mi perro.” Sin sensi-

blerías, que son propias de seres anormales, y que a veces consisten en emplear todas las reservas del cariño en una rata blanca o en un loro, mientras se deja morir de hambre o de odio a niños sin padre o a seres sin ventura, aspiremos a ser hombres, profunda y virilmente hombres, que vale tanto como decir seres llenos de fortaleza y de justicia, de reflexión y de ternura. Por ser justos, procuremos no dañar a nadie y premiar a quienes nos hacen bien. Por ser fuertes, sepamos luchar sin temor y hasta con cierta íntima alegría con los obstáculos y peligros que la vida nos presenta a cada paso. Por ser reflexivos, consigamos mantener sobre los seres inferiores el prestigio de nuestra inteligencia, nacida para conocer y amar la verdad. Por ser tiernos, descansenos de nuestras luchas y de nuestros afanes en el culto apasionado y vivo de la Naturaleza, inclinándonos con grata complacencia ante lo bello y lo delicado, lo débil y lo gracioso. Nada más ruín que esa lucha feroz del hombre contra el animal que le sirve. Torturar a un animal indefenso nos degrada, nos rebaja en nuestra condición de hombres. Cuanto más fuertes seamos más grato habrá de sernos el amparar al semejante desvalido, a la bestia humilde, al vegetal beneficioso.

Respeto al animal indefenso, culto a las flores. Que el árbol, que es nuestro amigo, reciba por nuestra parte trato de hermano protector.

Nadie nos hizo dueños de la vida infinita que late en torno nuestro. Antes de destruirla o de dañarla, recordemos por un momento el lema eterno del pobrecito de Asís: ¡PAZ Y BIEN!

EL PASTOR Y LA FLORECILLA

(Por Francisco Ferrari Billoch, segundo premio)

Un rayo de sol que se filtró por entre el ramaje llegó, alegre y saltarín, al interior de la choza, y posándose en la frente del pastor, le dijo:

—¡Arriba, dormilón! Mira cómo avanza el nuevo día.

El pastor abrió los ojos. Sonrió al saludo del astro rey, se despezó, restregándose los ojos, y, de un salto, se plantó fuera de la cabaña.

¡Qué hermoso despertar! La aurora desplegaba ya toda su magnificencia. ¡Espectáculo maravilloso! El mismo siempre y, sin embargo, siempre como nuevo, siempre revestido de sorprendentes en-

cantos. El pastor hallábase de nuevo frente a frente con la ruda y grandiosa soledad de la Naturaleza. Respiró fuerte, gozoso del aire purísimo de la sierra, embalsamado de aromas silvestres.

Febo remontábase ya a toda prisa por el firmamento, limpiándolo de celajes y nubecillas. La tierra toda se estremecía de alegría. Los montes ingentes se revestían de hermosos tonos y lucían como ascua los roquedales al quebrarse en ellos los rayos del sol. Del valle, recreado por la luz del nuevo día, ascendían mil rumores: eran el cantar de los arroyos, el susurro de las frondas al desplegar toda su pomposidad, las lenguas parlanchinas y armoniosas de los pájaros de vistoso plumaje, el chirriar de las carretas, los gritos de los gañanes...

¡Cuánta grandeza! El pastor quedaba arrobado ante tanta hermosura. Su fiel amigo, un magnífico mastín, corrió a darle los buenos días en alegres saltos, haciendo a su amo mil zalamerías, prueba de intenso y humano cariño.

—¡Ja! ¡Jajaaa!...—le animó el pastor, mientras pasaba su diestra acariciante por el pelo lustroso del noble animal. ¡Qué buen compañero tenía en aquellas soledades! Miró a las ovejas, que pacían tranquilamente en torno de la choza. Luego se sentó a la sombra de un acebuche.

¡Qué feliz se sentía el pastor contemplando tanta maravilla! Le parecía que todo aquel mundo vivía y alentaba con el exclusivo fin de saludarle todas las mañanas y alegrarle su existencia. Junto a él, le sonreía un grupo de tiernas florecillas. ¡Qué bonitas eran! Timidas, humildes, recatadas, se columpiaban graciosamente impulsadas por el aire mañanero. El pastor las miró un momento embelesado. Luego alargó su diestra y arrancó una de ellas. ¡Qué olor más suave despedía!

De pronto, sintió que la florecilla se quejaba.

—¡Ay! ¡Ay!...

El pastor, todo alarmado, preguntó:

—¿Quién se queja?

—Yo—respondió la florecilla.

—¿Tú?—añadió el mozo sorprendido.

—Sí, yo, a la que acabas de herir de tan mala manera. Me has arrancado violentamente de entre los míos, has roto mi tallo y voy a morirme.

—¿Pero tú puedes morirte?—interrogó el pastor, a quien todo aquello le parecía cosa de magia.

—Yo también, como tú—respondió la florecilla—tengo mi vida

regulada por mi contextura fisiológica, alimentada por un proceso orgánico. Has roto mi tallo, y ahora, falta de sangre, me marchitaré poco a poco...

—¿Pero tú tienes sangre?—preguntó aún más sorprendido el zagal.

—En mí se llama savia. Mis raíces, que son lo que me sostienen fija en el suelo, tienen unos pelos muy pequeños llamados radicales, que absorben de la tierra la humedad con las materias que lleva en disolución. Esta substancia, llamada savia no elaborada, llega hasta los vasos leñosos...

—Vasos..., ¿qué?

—Vasos leñosos, que la conducen a lo largo de la raíz y tallo hasta las hojas y demás partes verdes del vegetal, y allí se concentra y se elabora. Por eso recibe entonces el nombre de savia elaborada, resultando ya apta para la nutrición.

—Luego, ¿te sirve de alimento?

—Eso es. Este alimento llega hasta mí, recorre todo mi cuerpo, así como el de la planta a que pertenezco, y vuelve otra vez a la raíz, conducida por los llamados vasos liberianos.

—¿Y en las demás plantas se efectúa todo eso que dices?

—Sí; en todos los vegetales.

—¿Y te he hecho daño?

—Mucho. Yo no merecía me tratases así. Yo era buena. Te saludaba sonriendo todas las mañanas cuando salías de la choza. Te daba los buenos días, me abría con más gusto y exhalaba más perfume.

—¿Tú hacías todo esto?

—Sí; ¿no lo veías? Yo me afanaba por hacerte agradable tu estancia en estos lugares, y en pago de ello me separas de los míos, trucas mis piernas y desgarras mis vestidos.

—¿Pero llevas también vestidos?

—¿No lo ves? Llevo varios. Mi primer vestido, el primero que tuve, está constituido por estas hojas verdes que me rodean y que se llaman sépalos.

—¿Sépalos?

—Sí, sépalos; que en conjunto forman un verticilo.

—¿Un qué?

—Un verticilo. ¿No sabes lo que es?

—En mi vida lo había oído nombrar.

—Pues oye: se llama verticilo al conjunto de hojas o flores que están alrededor de un tallo.

—¡Ah!

—¿Te acordarás?

—Sí; verticilo.

—Pues este vestido, que, como te he dicho, está constituido siempre por hojas verdes, se llama cáliz.

—¿Cáliz?

—Cáliz; y es el vestido más exterior que poseo, y el que de pequeña se encargó de cubrirme para preservarme del frío, del viento y de la nieve.

—Eres muy delicada.

—Claro. Como soy tan bonita.

—Y muy coqueta.

—Por eso te gusta tanto verme y contemplarme, sobre todo con este vestido tan lindo que llevo encima.

—¿Cuál?

—Toma. ¡Este! ¿No lo ves? Fíjate qué colores más bonitos, qué suavidad de tonos, qué blancos más nítidos, qué rosa más delicado... ¿Te fijas?

—La verdad que es precioso, y que a mí me encanta mucho el contemplarlo.

—Es el más hermoso que llevo. Se llama corola y, como ves, está formada por hojas de colores.

—Sí; por pétalos.

—Eso es. Veo que eres muy instruido.

—¡Psch!

—Pero la gente confunde generalmente el vestido que llevamos con nosotras mismas.

—¿Y no lo sois?

—Ni la corola ni el cáliz son la flor, y en prueba de ello es que sin los pétalos, sin lo que generalmente se llama la flor, nosotras podemos subsistir. La corola y el cáliz no son más que vestidos, muy bonitos, muy vistosos, el verdadero encanto de la campiña y de los jardines.

—Y, entonces, ¿por qué los usáis?

—Para ser hermosas y para cubrirnos, protegiéndonos del frío y del viento.

—Luego, tú, ¿qué eres?

—¿Yo?

—Sí, tú. Si el cáliz y la corola no son más que vestidos, ¿qué es la flor?, ¿qué eres tú?

—¡Ah! Ya te explicaré. Oye: nosotras, ¿sabes?, estamos consti-

tuídas por el androceo y el gineceo, que, juntamente, constituyen la verdadera flor.

—¿El qué?

—¡Sí, hombre! El androceo y el gineceo. Pues bien; el androceo es un verticilo, que ya sabes lo que es, que está constituido por los estambres, ¿oyes?, es-tam-bres.

—¿Y qué son?

—En muchas de nosotras son como unos hilitos que sobresalen y que tienen una porción terminal ensanchada que recibe el nombre de antera. Más abajo se encuentra lo que llaman el gineceo, constituido por los carpelos o pistilos. Es la parte más íntima y delicada de la flor.

—¿Y todas tenéis androceo y gineceo?

—Sí; todas. Los pistilos del gineceo tienen una porción inferior denominada ovario, y otra porción, más o menos ensanchada, llamada estigma.

—¿Estigma?

—Sí, estigma; el cual está bañado por un líquido viscoso en el que se pegan los granos de polen desprendidos de la antera.

—Po... ¿qué?

—Polen, que es un polvillo fecundante contenido en la antera.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que estos granos de polen caen sobre el estigma y, por efecto de un curioso proceso, da lugar a la reproducción de la planta.

—Pero, ¿cómo cae?

—¡Huy! Por diversas causas. Por ejemplo: la lluvia. Las aguas arrastran el polen, que al escurrirse por la flor se pegan al estigma. También el viento y, sobre todo, los insectos, pues atraídos éstos por el perfume y los hermosos colores de que nos adornamos, vienen hacia nosotras para absorber el jugo azucarado de los nectarios, y al posarse sobre los estambres se adhieren los granos de polen a los pelos de sus patitas y cuerpo y los transportan a otras flores, dando así lugar a la multiplicación de la especie.

—Es muy curioso.

—Sí, mucho. Nuestra vida, complicadísima, aunque nos veas tan humildes y tan sencillas en apariencia, es muy interesante. Pero ahora, ¿qué va a ser de mí?

—No temas—dijo el pastor—; yo te salvaré la vida.

La flor sonrió tristemente, y murmuró con vocecita apagada:

—No podrás.

—Te pondré en un vasito con agua, que cambiaré todos los días.

—Inútil.

—Te llevaré al arroyo, para que la humedad te dé vida.

—Es inútil. Ya ves, mi vida se va acabando. Me siento débil, y mañana, marchita ya, me deshojaré poco a poco.

—No, florecilla, no. No quiero que te marchites. Yo te volveré a sembrar y te cuidaré.

—Inútil, pastor, inútil—dijo con voz desfallecida—. Has roto mi tallo, me has separado de mis raíces...

—¡Florecilla! ¡Florecilla!

—Adiós, pastor; me muero... Adiós...

La florecilla, replegada sobre sí misma, sin vigor, sin belleza ya, casi sin perfume, íbase marchitando por momentos. Cayéronle algunos pétalos, mustios, lacios...

¿Qué quedaba de aquella flor tan hermosa, tan llena de alegría, cuando la cortó el pastor? Nada. Unas hojas que se iban secando por momentos. ¡Pobre florecilla!

Y desde aquel día, el pastor, sinceramente arrepentido de su fea acción, cuidó de las flores con amor y cariño, y no permitió que nadie, absolutamente nadie, en su presencia, arrancase una flor, ni tocase las plantas, ni desgajase las ramas de los arbolitos. Se había constituido en su más fiel y celoso guardián.

PROTECCION DE ANIMALES Y PLANTAS

(Por José Jalón Carrasco, tercer premio)

Al llegar el maestro de un pueblo a la puerta de la escuela encontró a sus alumnos muy excitados, y uno de ellos, el más sensible de todos, se adelantó para decirle entre sollozos, que una vecina acababa de darle una enorme paliza a un gato.

—El pobre animal tuvo que huir con una pata rota y lanzando maullidos que oprimían nuestros corazones. No sé las cosas que le hemos dicho a esa mujer tan cruel.

El maestro, acariciando al muchacho tiernamente, entró en la escuela seguido de los chiquillos, tristes e indignados.

Aprovechando aquella oportunidad, dijo el maestro a sus alumnos:

Hijos queridos: La triste escena que acabáis de presenciar demuestra la incultura de la infeliz mujer. Existen países donde un acto

parecido se castiga con una fuerte multa, con la enajenación del gato, si es de su propiedad, o con varios días de cárcel.

No penséis que castigos tan severos son desproporcionados a la falta o al delito, pues de ambos modos se califica, según los países en que se comete. Debéis saber que está probado por jueces eminentes, que quien maltrata a los animales también suele ser cruel con los seres humanos.

Tampoco debéis olvidar la utilidad que proporcionan al hombre los animales domésticos. Ya os lo he explicado en otras ocasiones, pero en este caso concreto he de recordaros que este gato tan duramente castigado—tal vez por haber aprovechado un descuido de su dueña, que no siempre será generosa en la alimentación que le proporcione—ahuyenta los ratones, que no sólo causan grandes destrozos en los muebles y en los alimentos, sino que transmiten al hombre enfermedades tan graves como la rabia y la peste bubónica.

Quiero recordaros también otro aspecto menos utilitario:

El día quinto de la Creación hizo Dios a todos los animales de la tierra, precediendo, por tanto, a la creación del hombre, y si no les dió la razón, les dió el instinto del trabajo, de la fidelidad y de la nobleza, y les adornó con galas tan bellas y con la facultad de emitir notas tan armoniosas, que muchos hombres las quisieran. Y en tan gran estima tiene Dios a los animales, que cuando envió al mundo a su Hijo, fué un modesto establo, donde sólo existían dos mansos animales, y al manifestarse la tercera persona de la Santísima Trinidad, lo hizo en forma de paloma.

Y nada digamos de San Francisco de Asís, que llegó a la plenitud de la caridad cristiana derramando su amor infinito sobre los animales todos, mansos o fieros, a los que llamaba hermanos, porque eran hijos de Dios.

Si practicáis la protección a los animales y a las plantas con el fervor que siempre os he recomendado, no será extraño que os encontréis con *espíritus fuertes* que sonrían ante vuestra credulidad cuando les habléis del milagro del hermano lobo o de otros episodios que os he contado.

Pero no os avergoncéis nunca de vuestra fe ingenua y sencilla, pues no sólo en los siglos pretéritos, sino en los tiempos modernos, pueden los hombres realizar milagros con las fieras sólo con demostrarles un poco de cariño.

Voy a citaros algunos ejemplos:

Hace dos años, el torero Vicente Barrera iba a Méjico en un buque donde se transportaban varios toros de lidia, españoles. Muchas

veces habréis oído ponderar la belleza y la indómita bravura de los toros de nuestra Patria.

Pues bien; al torero le gustó uno de aquellos toros y comenzó a llamarle por su nombre y a darle de comer, y cuando llegaron a México, el toro y el torero se habían hecho amigos.

Pasaron días; Barrera se había olvidado, indudablemente, de su compañero de viaje, cuando una mañana fué a la plaza de la vieja capital azteca, y de pronto reconoció a "Grajito". Le llamó por su nombre, y el toro se fué hacia él y le dejó que le acariciara, ante el asombro de todos los presentes.

Una tarde, quiso el azar que le tocase torear a su *buen* amigo.

Enfurecido el toro por el castigo y por el engaño, y deslumbrado por el traje, no reconoció al torero. Resultó un toro bravísimo. El público se volvía loco aplaudiendo al torero y al toro. Después de una gran faena de muleta, le dió una estocada de muerte, y el torero se sentó en el estribo para presenciar la muerte de su noble adversario. Y entonces, pasó algo extraordinariamente bello, al mismo tiempo que se cometía un acto humano de los más cobardes.

El torero, recordando su viaje, llamó, quedo, quedito, casi al oído del toro moribundo: ¡"Grajo"!... ¡"Grajito"!...; y el toro, haciendo un supremo esfuerzo, logró erguirse al reconocer la voz amiga, y tambaleándose en su agonía, se acercó al torero y murió lamiéndole la mano homicida.

El público, admirado ante el *gran valor* del torero, le tributó una de las más grandes ovaciones de su vida; pero, estando en el secreto, su acción resulta una de las más indignas que puede cometer un hombre.

Al Reverte le pasó un caso parecido en la Plaza de Toros de Madrid, y se negó a matar al toro, y con el aplauso del público, entre el ganadero y Reverte, se llevaron el toro al corral. Y en Sevilla también sucedió algo por el estilo con el toro "Playero", de la ganadería de Murube, y el mismo público pidió que se respetara la vida del noble toro, que había tomado siete puyazos sin volver la cara.

Ya véis cómo las fieras más valientes se convierten en mansos corderillos con sólo tratarlas con el amor que nos enseña San Francisco. Pero aún quiero deciros algo, tal vez más interesante de lo que acabo de contaros:

Los habitantes del Tibet, en el centro de Asia, no acosan ni hacen daño alguno a las fieras, y éstas tampoco molestan a los hombres. Pero cuando los grandes fríos hacen escasear los alimentos

en los bosques milenarios, van las fieras a los pueblos por la noche y los recorren aullando. Entonces, los vecinos sacan algo de comida a las puertas de sus casas y las fieras vuelven poco después a comer, cosa que se repite cada noche que las *hermanas fieras* tienen hambre.

¿Dudáis de la verdad de estas cosas? Pues leed las descripciones de los exploradores ingleses, que por tres veces intentaron la ascensión al monte Everest, el más alto de la cordillera Himalaya, y os convenceréis de la veracidad de este relato.

Pero no es necesario que nos alejemos tanto para llegar a los países de leyenda, porque aquí a mano, como quien dice, tenemos ejemplos tan bonitos.

En la provincia de Navarra existe una gran propiedad de un señor que es Vicepresidente de una Sociedad protectora de animales y plantas española. Dicho señor tiene acotada su finca, no para poder cazar, sino para que nadie cace en ella, pues tiene prohibido que se mate a ningún pájaro ni otro animal en su hacienda.

Existen en ésta varias guaridas de jabalíes, y como están acostumbrados a que nadie les moleste, recorren la finca sin molestar a nadie. Pero se da el caso de que alguna vez siente alguna de aquellas fieras la nostalgia del peligro y sale de la finca, y... ¡pobre del cazador que logre coger por sorpresa! Pero cuando son a la vez sorprendidos por la jauría de un grupo de cazadores, corre que vuela hacia su madriguera, y cuando pasa los límites de la finca del protector de animales y plantas, y está fuera del alcance de las escopetas, vuelve grupas y *se ríe* de sus perseguidores...

* * *

Ya véis cómo en todos los tiempos y en todos los pueblos se repiten tiernos ejemplos de cariño y protección hacia los animales, y de ellos también pueden citarse muchos en las Sagradas Escrituras y en las vidas de los Santos que fueron servidos por cuervos, perros, osos y leones, asimismo como los escritos de hombres célebres en la filosofía de todos los pueblos, tanto antiguos como modernos. Con sólo leer "Las florecillas", de San Francisco de Asís, o la admirable traducción que ha hecho recientemente el Director de la Escuela Normal de Maestros, de Alicante, del folleto "Defensa religiosa de los animales", del sabio prelado alemán J. H. Schultz, o alguna de las publicaciones de las Sociedades Protectoras de Animales y Plantas,

podréis daros cuenta que el tratar bien a los animales es signo de cultura y de supersensibilidad.

En Venecia, en Barcelona, en Madrid, Sevilla y Zaragoza, por citar algunas poblaciones nada más, niños y mayores dan de comer a las palomas en medio de las calles, plazas y jardines, y los animales vuelan confiados sobre los hombros y las cabezas de las personas que les dan pan o maíz, que suelen comerlo de las propias manos de sus benefactores.

Recuerdo que no hace mucho leí en un periódico de la capital que decía, comentando la educadora labor que realizan unos cuantos hombres de buena voluntad: "Antes, en Madrid, se comían a los pájaros; ahora, hasta los niños les dan de comer parte de sus almuerzos."

Estos actos deben causarnos gran alegría, porque demuestran que los españoles estamos alcanzando un gran progreso moral. Si alguien os dice que algunos pájaros son muy perjudiciales para la agricultura, contestadle que aun los más perniciosos granívoros pasan nueve meses del año comiendo larvas e insectos, perjudiciales para la agricultura y para la salubridad humana, y granos de plantas y hierbas dañinas.

Y puesto que hemos citado las plantas, tened presente, mis queridos alumnos, que España fué, en tiempos remotos, llamada el granero de Europa, y hoy tenemos que importar cereales de varios países, y ello es porque, equivocadamente, los agricultores de gran parte de España, talaron los árboles, y hoy nos falta madera para la construcción, y nuestros campos parecen estepas y el clima se ha cambiado en inclemente, cuando el territorio español debiera ser un gran sanatorio.

Ya os he dicho muchas veces que campos y montes poblados de árboles equivalen a caudal de oro para la nación y de salud y alegría para los hombres.

Y el maestro, satisfecho de los semblantes apacibles de sus discípulos, comenzó a explicarles sus lecciones cotidianas.

* * *

De este modo aprovechó aquel maestro un incidente (por desgracia harto frecuente en las calles de los pueblos españoles) para darles una lección a sus alumnos de sentimientos de bondad y compasión hacia los animales y las plantas.

Pero, ¿es esto suficiente para alcanzar el objeto deseado en un

país como España, en donde desde pequeñitos se nos atrofia la sensibilidad haciéndonos asistir a las capeas y a las corridas de toros? ¿Cómo vamos a sentir compasión hacia un animal excesivamente cargado o tratado con crueldad en los caminos, en las calles o en las casas, si nos acostumbran a divertirnos viendo destrozar caballos y martirizar a los toros lentamente y con crueldad metodizada?

Para lograr substraer a los niños de estos sentimientos de crueldad tradicional, no son suficientes las lecciones como las que hemos citado; es indispensable enseñar a los niños a *practicar* las obras de misericordia con todo ser viviente, pero dejándoles a ellos la iniciativa y la responsabilidad de sus buenas acciones.

Los Patronatos provinciales y locales para la protección de animales y plantas deben proporcionar a los niños de las escuelas lugar donde plantar árboles y flores y donde puedan criar polluelos y colmenas. Se dice que para amarse los pueblos entre sí es necesario que principien por conocerse. Lo mismo sucede con los animales y con las plantas. Los niños deben plantar y cultivar su árbol, observar los prodigios del injerto y gozar la satisfacción de recoger sus frutos. Y lo mismo decimos respecto a los animales, cuyo nacimiento y desarrollo constituyen en los niños un placer muy superior al que experimentamos los hombres.

Pero todo esto debe hacerse ordenadamente, encauzando la curiosidad y la bondad innata de los niños por canales donde se regule la energía dinámica de la juventud, procurando que no se desborde en torrentes peligrosos para su educación y para sus costumbres.

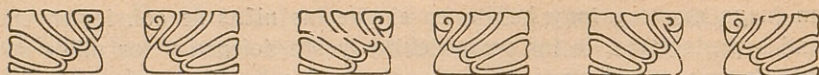
Grandes pedagogos de otros pueblos han dicho que el mejor método de autoeducación infantil es el de tomar por base la protección a los animales; que a los niños, por estar más cerca que el hombre de la Naturaleza, la sienten y comprenden con mayor intensidad, como el animal comprende y tolera a los niños, lo que no toleraría de ningún hombre.

El Patronato Central para la protección de los animales y plantas (donde existen eminentes personalidades de la enseñanza primaria y superior) debiera estudiar la forma de popularizar estas enseñanzas, pues el mejor medio de proteger a los animales y a las plantas es acostumbrar a las generaciones futuras a que no sean crueles con unos ni destrocen las otras.

Para educar los sentimientos de los pueblos son preferibles los métodos preventivos que recurrir al castigo, después de hecho el daño; pero conviene tener presente que esta educación no debe presentarse ante los niños como una cosa muy trascendental, sino como

un juego nuevo y muy bonito en el que las niñas se conviertan en hadas protectoras de los seres débiles y sin defensa y los niños se transformen en príncipes valerosos que cortan la cabeza al monstruo de la crueldad y al dragón de la ignorancia.

Estas son las modestas ideas de un maestro rural que siente con entusiasmo los sublimes ideales de bondad predicados por San Francisco de Asís, y que siempre se esforzó en inculcarlos entre sus alumnos, procurando exaltar entre los mismos el amor y el respeto hacia los animales y las plantas, como medio de desarrollar la cultura y la riqueza de la juventud española y de nuestra Patria querida, considerándolo también como el medio más eficaz de llegar a la plenitud de la caridad cristiana.



ÍNDICE

| | <u>Págs.</u> |
|-------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| PATRONATO DE HONOR | 2 |
| <i>Notas preliminares</i> | 3 |
| CONCURSO ENTRE ARTISTAS | 5 |
| CONCURSO ENTRE PERIODISTAS | 7 |
| “Los hermanos menores”, por María Luz Morales | 8 |
| “Derechos de los animales”, por Hildegart Rodríguez..... | 11 |
| “Quisquilín”, por Manuel Menéndez y Menéndez | 13 |
| CONCURSO ENTRE MAESTROS Y ESCRITORES | 17 |
| “Hermano lobo, hermana oveja, hermano sol”, por Pedro Fraga de Porto | 17 |
| “El pastor y la florecilla”, por Francisco Ferrari Billoch..... | 22 |
| “Protección de animales y plantas”, José Jalón Carrasco..... | 27 |

GRÁFICAS RUIZ FERRY

Abascal, 36

M A D R I D